

RESEÑAS

MAXIMILIAN VON LOEWENTHAL, *Bolívar. Unidad del pensamiento americano*. Prólogo de Alejandro Alvarado Quirós.—San José de Costa Rica, Editorial Trejos Hermanos, 1941.

Entusiasmo que un europeo tome tan a pechos la devoción a Bolívar, que se empape en sus doctrinas democráticas y las enlace con la libertad del mundo. Esto prueba una vez más que no tienen fronteras y que el nombre del Libertador es universal, desde que pertenece a lo más noble de la estirpe humana que realiza el bien.

El escritor vienés Maximilian von Loewenthal, que a raíz de la guerra del 14 abandonó su patria y en sed de libertad se vino por América, es admirador profundo de Bolívar. Conoció la grandeza de su obra gracias a las lecciones de un viejecito su maestro que se transformaba al hablar de Bolívar, leer algunas de sus composiciones y explicar a los niños su sentido. Este profesor era Franz Lydenburg. ¡Ay de sus alumnos, aun de los más amados, que dijeran que conocían a un genio superior a Bolívar!

El periodista y sociólogo Loewenthal, que puso su planta en América —la ubérrima y libérrima era su sueño dorado—, que anduvo por varias naciones, que residió en la intelectual Colombia, hasta radicarse en Costa Rica, la docente y laboriosa, cuenta, en términos poéticos, evocadores de las primaveras del Danubio azul por el que discurre la sombra cautivadora de Strauss, las circunstancias en que su alma penetró en los infinitos dominios espirituales del Libertador. El relato es bellísimo y de viril facundia.

Nos traslada a los jardines del ensueño en los que se dibujan, a lo largo del continente americano, las augustas figuras de sus libertadores, con el precursor Miranda a la cabeza, tremolando en lo alto la bandera de la insurrección que había de arrancar al iris sus colores.

“Los que habíamos leído en nuestro idioma, dice, las proclamas del Libertador; los que habíamos podido penetrar en el santuario de las leyes americanas; los que sabíamos que existía un continente de tranquilidad y de amor; los que sabíamos que al otro lado del mar había una

tierra de hombres libres y de una clara conciencia ciudadana, hemos llegado a estas playas llenos de júbilo y de confianza, a acogernos bajo su pabellón, como huérfanos de un continente en desastre.”

Tiene a la feraz América como el albergue del mundo. Es continente destinado a la humanidad, proclamó un estadista argentino.

El escritor vienés, de alma ya autóctona e insurrecta, robustece la unidad del pensamiento americano a través de los principios democráticos de Bolívar.

Establece, por decirlo así, el paralelo entre el extraordinario caraqueño y el gran corso, lo que nos recuerda el bellissimo parangón de Montalvo. Responsabiliza Loewenthal a Napoleón como a encarnador de la esclavitud. Su espada no fulguró siempre, porque planes de ambición y de conquista la empañaron.

El encendido verbo de Bolívar le arrebató. Su vivo deseo es reproducir proclamas y discursos para ir comprobando la fuerza de su elocuencia. “Palabra con aliento de profecía que anuncia a los pueblos su redención. Palabra que conmueve la entraña toda del continente y llega como un silbo trágico a exasperar al poderoso monarca español. Palabra toda ella convulsionada por las inquietudes de un espíritu iluminado, suspenso ante lo inmarcesible de la gloria y el triunfo de la justicia y la libertad” . . .

Después de este como epinicio cantado al Libertador, en rauda catarata fluyen los fogosos capítulos acerca del futuro de América, de este continente de la paz, llamado a extender su tienda de campaña a todos los corazones, que se estrujaron ante el sentimiento de la oposición, a los seres que oyeron chirriar de cerrojos y cadenas, que vieron la muerte por todas partes, y, con más tortura, la muerte moral que ahoga la protesta en los labios y deja caer los puños impotentes, ante la fuerza que todo lo arrolla y pisotea. El porvenir de América es el de ser siempre el centinela de la democracia a través de los siglos. Ha de cuidar este fuego sagrado con más celo que las helénicas admiradoras de Vesta y las romanas Vestales, como letra inicial y símbolo de Victoria.

Antes enterrados vivos que violar el voto contraído con la patria y con América.

En reguero de sacrificio y esfuerzos trazaron la ruta nuestros libertadores. Un extranjero acude fervoroso ante el altar de su Bolívar y prende la lumbre de su admiración, condensada en un fulgurante volumen. Es el fundador de *La Raza*, revista que agita en lo alto la grímpola de la cultura desde Costa Rica.

El estudio de Bolívar le ha servido para afianzar, como en la filosofía de una cátedra universitaria, “las lecciones de fe, de amor, de heroísmo y de cívica devoción, lecciones que han contribuído a cimentar y jalonar mi vida —lo confiesa Loewenthal— en esta privilegiada tierra americana”.

Quedan vibrando las cálidas oraciones, que el labio pronuncia con cariño y el corazón repite después de hondo acto mental, destinadas al

análisis de Bolívar en varios aspectos y fundamentalmente como "unidad del pensamiento americano", en estos días en que las más grandes naciones del continente predicán la concordia y la perfecta armonía entre los pueblos del Nuevo Mundo, que rechazan los oprobios de la fuerza y los despliegues de la invasión extraña.

ALEJANDRO ANDRADE COELLO,
Quito, Ecuador.

ALEJANDRO REYES, *Motivos del puerto y otros poemas*.—Santiago, Editorial Nascimento, 1942.

En el ruido del mundo actual que siente su fatiga y su sangre, estos poemas tienen una resonancia de huerto en reposo, y aunque aparezcan en su horizonte mástiles que se mueven en el viento errabundo, conservan el sello del poeta melancólico que los creara.

Reyes no busca el canto que inaugura nuevas modalidades líricas; mece su espíritu en la leyenda y brillo del mar o nos lleva de viaje por esta América nuestra y además tiene voces que perpetúan los nombres de poetas como Juan Egaña y Aliro Oyarzún, dos temperamentos anclados en la muerte antes que el sol de sus días ascendiera al cénit.

Alejandro Reyes cuida la forma de sus poemas y su expresión fluye armoniosamente y ya lo anime la visión densa del mar o de los puertos estridentes, sabe coger siempre en sus estrofas la luz del momento que deja al pasar su efígie fugitiva.

Parnasiano o simbolista, el poeta plasma en suave serenidad su himno y la nostalgia lo conduce a los años infantiles que se balancean arriba del tiempo, como dulces banderolas desaparecidas en el vaivén de las noches inolvidables.

La personalidad de Reyes no se limita únicamente a labrar la santa madera del verso, sino que además es un médico de corazón abnegado, que ha vivido a orillas de la angustia y que para distraer el sabor del llanto ha cerrado los ojos y canta conmovido.

Confiesa el poeta, en transparentes palabras, que sus estrofas debieron haber sido publicadas hace tiempo. Sin embargo, esta circunstancia no empaña el mérito de sus poemas, realizados con fervor y con un sentido de permanencia que prestigian a un alma que arde y eleva su ritmo musical.

La obra de Alejandro Reyes está dividida en *Motivos del puerto*, *Rutas*, *Elegías* y *Voces rezagadas* y el tema central que gravita en sus más claras estrofas es el mar, que lo inunda de melodía desde su infancia.

Hay poemas como "El ancla", "Beach Cumbers", de donde ha nacido el chilenuismo *bichicuma*, "Envío" y otros, en los que la inspiración del